

Gisela Antonuccio

Hermanas

“Uno aprende a sacar partido de las palabras
para aquello que ya no tiene que decir”.

“*East Coker*”

T. S. Eliot

*I lost two cities, lovely ones. And, vaster,
some realms I owned, two rivers, a continent.
I miss them, but it wasn't a disaster.*

“*One Art*”

Elizabeth Bishop

1.

Le pregunto a papá cómo es la muerte.

—Como la paz —dice papá—, hay calma, silencio.

—¿La viste?

—¿Por qué no vas a jugar?

No quiero. No digo por qué. Cuando juego hay silencio.

Le pregunto a mamá cuándo voy a tener un hermano o una hermana.

Mamá baja la vista. No me responde.

Estar sola me da miedo.

Le pregunto a papá si estoy muerta.

Se sorprende. Me abraza.

—Tu vida recién empieza.

Hace silencio.

Por la noche escucho llorar a mamá. Algunas mañanas se queda en la cama. Papá me prepara el desayuno. Le convido de mi tostada.

—Es tuya —me dice.

Ni él ni yo tenemos ganas de comer.

2.

Imagino cómo es jugar con alguien. Lo hago con mi bebé de juguete. Se llama Lorena. A todos les digo que es mi hermana. Los adultos sonríen.

Mamá y papá me asustan cuando me enfermo. Tienen ojos de preocupación. Creo que tienen miedo de que me muera. Debe ser malo morir.

3.

Un día me doy cuenta de que mamá está más gorda. No es la primera vez que tiene panza. Otras veces le creció y después le desapareció. Le pregunto si la panza le va a durar.

—Espero que sí —me dice. Me acaricia.

—¿Tenés un bebé?

—En una de esas.

Por la noche les rezo a las estrellas. Les pido que la panza de mamá no desaparezca.

4.

Una tarde aprendo a coser con mi abuela. Hago un saco para mi bebé, que llevo a todas partes. Mi abuela hace el molde. Lo corto sin ayuda. Mi abuela me felicita.

El teléfono suena. Mi abuela atiende.

Al colgar, me dice que tengo una hermanita. Miro el teléfono, el mantel de hilo bordado. Miro las cosas que me rodean. Si no se mueven es que estoy despierta.

5.

Mi abuela me pone la bufanda y me acomoda el gamulán. Tomo a mi bebé. Le pongo su saquito nuevo. La puerta se abre. El viento es helado. Me despeina. Mi abuela aprieta su mano enguantada a la mía. Con la otra aprieto a mi bebé contra mi pecho hasta llegar a casa.

6.

Mamá me extiende los brazos. Lleva puesta su bata.

Me abraza. Dejo mis brazos quietos. No quiero soltar a mi bebé.

7.

Papá prepara café. Me pide que no haga ruido.

Mi abuela me da la mano. Avanzamos por el pasillo. Me suelto. El piso de parqué cruje. Abrazo a mi bebé. Me quedo junto a la puerta. Desde ahí veo el moisés con tules verde agua. Veo un bulto debajo de una sábana bordada y una manta color manteca. Es mi hermana recién nacida. Veo su mano cerrada a la altura de la oreja. Sus aritos de perla, su nariz pequeña. Tiene pelo castaño. Le asoma por su gorrito de algodón. Me gustan sus pestañas. Tiene muchas, como yo.

Miro a mi bebé. Miro a esa que duerme.

La que tengo en mis brazos se parece a mí. La que está en el moisés, no.

8.

Mi abuela se acerca, se toma del moisés. Le quito la mano. Me acerco más a la bebé. Mamá y papá aparecen en el marco de la puerta. Me observan, contentos.

—¿Te gusta, Vane? —pregunta mamá—. Hay que pensar un nombre.

—Se llama Lore —digo—, como mi bebé.

9.

Le pregunto a mamá cómo salió Lore de su cuerpo.

Me dice que por la panza. Le pregunto si no pueden salir por otro lado. Le digo que me da miedo que me corten la panza. Me cuenta que algunos salen de más abajo, por un agujerito que tienen las mujeres para que salgan los bebés.

Le pregunto por dónde salí yo, si por la panza o por ese agujerito.

No sabe.

10.

Estuve en el cuerpo de otra mujer, me dice mamá.

Le pregunto si me encargó, como hace con el helado, cuando vienen visitas.

—Yo soy tu mamá del corazón.

Toma mi mano. La lleva a su pecho.

Me pregunto cómo es que salen los bebés del corazón.

11.

Cuando el moisés deja de moverse, mamá cierra la puerta.

—Vamos —dice.

Lore se queda con una vecina. Mamá le pidió que se quedara junto al moisés, hasta que regrese.

12.

Le pregunto a mamá qué pasa si Lore se despierta.

—No se va a despertar porque estuvo despierta toda la mañana.

Mientras caminamos hacia la escuela, le pregunto por qué dejó la radio encendida.

—Para que escuche ruidos normales de casa.

—¿Por si se despierta? —pregunto.

13.

Mamá camina apurada. Está seria. Casi siempre me lleva a la escuela con Lore en el cochecito. Pero esta vez mi hermana se durmió antes. A mamá no le pareció buena idea despertarla, por el frío.

—Mejor que duerma tranquila —dice.

Al llegar a la puerta del colegio, mamá me da un beso.

—¿Vas a casa? —quiero saber.

—Ya mismo —contesta.

Mamá me pone la mochila en los hombros.

—¿Qué traés que pesa tanto, Vane?

—Mi bebé —digo.

—¿Para qué? —me pregunta.

—Tengo miedo que llore si no me ve en casa.

Abro la mochila para mostrarle. Cuando levanto la vista, mamá ya no está en la puerta.

14.

Lore tiene estrabismo.

Es mamá la que se da cuenta. Los médicos la contradicen. Algunos bebés tardan en enfocar, le dicen. Después de un tiempo, encuentra un oftalmólogo que le da la razón.

Lorena está forzando la visión en el ojo sano. Hay que operarla, pero tenemos que esperar. Mientras debe usar anteojos. Tiene un año.

15.

El día que sale de la óptica, Lore se señala sus anteojos con el dedo y sonríe. Mamá la lleva en brazos, tiene los ojos mojados. Atrás estoy yo, de la mano de papá. Lore saluda con su mano a la gente que pasa. Desde ese día la cuidamos todo el tiempo. Que no se caiga con los anteojos, que no se los saque, que no se quede dormida con ellos puestos.

Lore es una nena a la que todos miramos.

16.

Le pregunto a mamá si a mí también me miraban como a Lore.

Mamá me dice que un poco más.

—¿Porque yo fui un bebé del corazón?

—Las mamás queremos a todos los hijos por igual —dice—. A vos te miraba más porque fuiste la primera. Vos me enseñaste a ser mamá.

En la tarde juego a la maestra. Escribo en el pizarrón. Le enseño a mi bebé cómo es que nacen los bebés. Le dibujo dos mujeres. Una tiene un bebé en la panza. La otra lo tiene en el corazón.

17.

Mamá y papá miran a Lore cuando come y se ponen contentos. Se sienta en su silla, sin ensuciarse. Saborea la papilla como si fuera la vida. Nada le molesta. Lloriquea sólo si tiene sueño, duerme toda la noche. Al despertar, juega con un pie y canta. Me gustaría entender el idioma de Lore, aprender sus canciones. Son todas distintas. Mamá dice que cuando aprenda a hablar la voy a entender.

Lorena parece simple. Juega con cualquier cosa —una cuchara, la cartera de mamá—, y se ríe.

Vestirla tampoco es problema. Se ríe cuando su cabeza pasa por el cuello de la ropa. A mí me molesta todo. La lana en los brazos, los cuellos altos que me rozan el cuello, el pelo mojado dentro del pulóver.

Mi hermana es una nena alegre.

18.

Lore tiene cuatro años. La operan.

Mi mamá la prepara varios días antes. Le explica que le van a operar el ojo para que vea mejor. Le cuenta cómo es un sanatorio, que habrá muchos doctores en una sala. No debe tener miedo, todos están para cuidarla y para que vea mejor.

El día de la internación Lore llega de buen humor. Sonríe al ver su cuarto para ella sola, con mantas de colores y un cuadro de la Pantera Rosa. Saluda a la enfermera que viene a buscarla. Con mamá y papá caminamos atrás de la camilla, por el pasillo, hasta el ascensor; cuando queda del otro lado, el enfermero retrasa el cierre desde un tablero.

—Lore, saludá —pide el enfermero—, decí: “chau, volvemos en un rato”.

Lore hace caso y nos saluda.

La puerta se cierra.

19.

La camilla avanza lento. El enfermero la empuja con suavidad. Cuando termina de entrar a la habitación vemos el cuerpo pequeño de Lore acostado. Tiene el brazo conectado a algo que parece una manguerita. De una bolsa le pasa un líquido. Papá me explica que es suero. El enfermero que la trajo y una enfermera traspasan a Lore a su cama. Cuando se hacen a un lado, la vemos dormida. Entonces veo su parche en el ojo.

Pregunto a papá por qué mi hermana tiene un ojo tapado.

No me contesta. Escucho su respiración.

—Para que no le entren basuritas —me dice la enfermera.

La enfermera le sonríe a mamá. Asiente. Mamá le sonríe, como si le diera las gracias.

20.

Lore tiene el ojo bañado en sangre.

—Dios mío, doctor, ¿qué le hizo? —pregunta mamá.

—Es normal —responde el médico—. Con los días va a desaparecer. Lo que no va a desaparecer, por ahora, es el parche —explica—. Lo tiene que usar algunos meses, en tiempos de tres horas. Pero en el ojo sano para forzar al músculo de su ojo enfermo, para que no se vuelva vago.

Semanas después, cuando la sangre desaparece del ojo, empieza ese ejercicio.

—No quiero tapaojo —se enoja Lore.

—Son unos días —dice papá.

—Quiero el ojo de Vane —lloriquea Lore.

—Vamos a estar iguales —le digo.

Esa tarde jugamos a los piratas. Cada una lleva un parche en el ojo.

21.

Las mañanas de los sábados pasan lento. Tenemos muchas cosas que hacer, las tareas que mamá nos enseña. Tenemos seis y nueve años.

Mamá sube la persiana para despertarnos. “Hora del orden”, anuncia, y abre las ventanas de par en par. Le preocupa especialmente que los ambientes estén ventilados. Con ella aprendemos olores que no sabíamos que existen. Olor a pelo, olor a piel, olor a colectivo, olor a asiento de taxi, olor a sueño, olor a rejilla mal enjuagada, olor a toalla de playa.

Apenas nos levantamos debemos vestirnos, peinar-nos, cepillarnos los dientes. No importa que sea fin de semana. Tenemos que estar presentables.

El desayuno transcurre rápido. Papá nos prepara café con leche y tostadas. Se sienta con nosotras. Después el diario le tapa la cara.

A mamá le gusta que las sábanas y las mantas queden bien estiradas.

“La cama tiene que quedar como la de un hotel”, sentencia.

No sabemos a qué tipo de hotel se refiere. Hasta ahora sólo conocemos uno, en Mar del Plata, donde al regresar de la playa nos arman un cisne con la toalla. Lore va al baño. Hace un nudo con la toalla. Lo pone en la cama.

“Un *zizne*”, dice.

22.

Después de desayunar nos formamos. Extendemos nuestras manos. Mamá las supervisa. Si están desprolijas, nos sentamos en el piso de nuestro cuarto, sobre la alfombra, y nos hacemos la manicura con el set que nos da. Cuando las uñas quedan cortas, limadas y con la cutícula retraída, nos aplicamos una capa de brillo transparente. Nuestras uñas —como la casa, nuestro pelo, nuestros zapatos y las ventanas— tienen que brillar.

“Una mujer no puede tener manos de sirvienta, aunque lo sea”, dice mamá.

Cuando el esmalte se nos seca ordenamos los cajones de la ropa interior. La ropa interior tiene que estar en fila; los suéteres en dos columnas del mismo grosor sobre los estantes.

Ponemos atención a nuestras ocupaciones. Mientras duran, no nos damos cuenta si tenemos ganas de ir al baño, hambre, sed o sueño. Si la tarea está bien hecha podemos regresar con nuestras muñecas.

23.

A mis nueve años tengo mi primera alumna, mi hermana.

Lore tiene facilidad para aprender. La comparo con mis compañeras. Algunas agarran el lápiz como un bebé. Lore lo toma entre el índice y el pulgar.

Lore escribe acostada sobre el piso, los anteojos pegados a la hoja.

Mi mamá me ama. Mi mamá se enoja. Mi papá ace silencio.

24.

Lore es distraída y alegre. Esa combinación nos trae problemas.

Siempre tiene un percance cuando hacemos los quehaceres de nuestro dormitorio. Mancha nuestra ropa con el lustramuebles, salpica las cortinas con el limpiavidrios.

Trato de apañarla. Hablo en susurros. Mamá siempre me escucha.

—Qué desastre hiciste, Lore. Parecés un varón, siempre manchada.

Lore grita de enojo. Yo grito de miedo.

—Y vos, ¿qué hacés que no cuidás a tu hermana?
—me dice alterada.

Odíamos los sábados.

25.

Lore tiene escoliosis. Una desviación de veinticinco grados en su columna. La tiene como una banana, explica el traumatólogo. El corset va a corregir la curvatura, asegura el médico, mientras observa el molde de yeso.

—Me aprieta —se queja Lore, cuando el médico se lo coloca.

—Ya terminamos —le dice, sin dejar de mirar su creación: un bloque macizo que rodea el torso delgado de Lore.

El molde sirve para confeccionar el corset. Mamá lo trae una tarde. Es un chaleco rígido, de acrílico. Le cubre todo el torso, desde debajo de las axilas hasta las caderas. Tiene correas con velcro por delante. Así el acrílico se mantiene en su lugar. Para que no le duela o se le pegue en la piel, tiene que usar una camiseta debajo. No importa que sea invierno o verano.

—Yo no voy a usar eso —amenaza Lore.

26.

En el recreo, Lore juega sola en el patio.

De vez en cuando, conversa con alguna compañera, intercambia estampas o calcomanías. Si surge un partido de quemado o de vóley, Lore se queda a un costado. Su corset le impide correr o saltar para marcar un tanto. Sólo puede nadar. Mamá nos lleva por las tardes.

La clase de educación física no puede hacerla. La maestra considera que lo mismo debe cumplir con la materia. Le hace estudiar reglamentos. El de vóley, el de hándbol, el de sóftbol.

Lore los lee en el patio, mientras sus compañeras juegan. Los lee con dificultad, por su miopía en el ojo operado.